



CUANTO MAS CAMBIA...

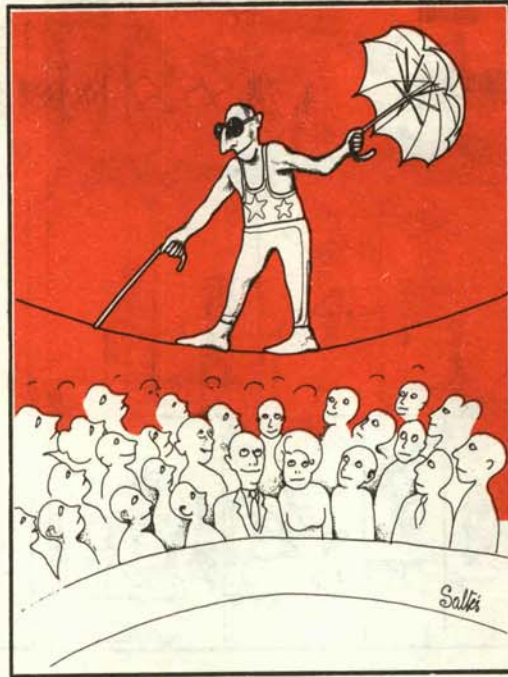
Pocos ejemplos hay de continuismo racial como los eslavos: «ganar dinero» en eslavo se dice, literalmente, «trabajar dinero», «rojo» y «bello» tienen la misma raíz (respectivamente, «krasni» y «krasivi») prerrevolucionaria y nadie puede alegar que en la formación del idioma ruso interviniera para nada el oro de Moscú. La mística revolucionaria eslava se ve hasta en el amor, pues en las lenguas eslavas la gente no «se casa con alguien», sino «contra alguien», y, a mi humilde modo de ver, ese cambio de adverbio está superjustificado.

Los eslavos, como todo lo bueno, se sirven surtidos: los checos están especializados en la honrada burocracia y el trabajo minucioso y bien terminado, son los pequeños industriales y los chupatintas de la raza eslava; los polacos tienen una marcada tendencia a plantear problemas a sus vecinos y así le va al país, que parece un acordeón geográfico, estirándose y encogándose Europa arriba y Europa abajo cada veinte o treinta años y a veces dividiéndose, como los gusanos, en dos y hasta tres partes que luego siguen vivitas y coaleando; los ucranianos, después de haber trabajado como negros para crearse una nacionalidad y un idioma, se lo toman ahora en serio; los yugoslavos, por el contrario, tratando de fundir tres nacionalidades eslavas en una, fruncen el ceño cuando oyen hablar de nacionalismo y, si después de esa palabra, añades el adjetivo «croata», hasta empiezan a tiros y todo; los búlgaros viven tan ricamente a la sombra del «papá Iván» y cantan constantemente en ruso eso de «Viva Carlos Tercero mientras dure el echarnos dinero». Y así podríamos seguir.

La misma palabra «eslavo», que los enemigos de esa raza ejemplar dicen que viene del latín «esclavo», yo creo que se equivocan: en las lenguas eslavas las palabras «eslavo» («salvián»), «palabra» («slobo»), «gloria» («slava») y «débil» («slobi») deben tener el mismo origen: el eslavo es, por tanto, «el hombre locuaz y glorioso que siente flojera», o sea el Oblómov hablador y glorioso. En cambio a sus principales enemigos de siempre, los alemanes, en eslavo se les llama «niemietski», es decir «los que no tienen boca», es decir, los que ni hablan ni tienen gloria ni nada, y, desde luego, tampoco flojera. Por la boca, como ve el lector, muere la paz.

El colectivismo eslavo es consecuencia, digo yo, más del frío invernal que de Marx, y la obsesión burocratizante lo es del aburrimiento estepario, que busca remedio al «tedium vital» en las colas y en las antesalas corachuelistas. «¿Cómo conseguir que para poder presentar en un ministerio una solicitud por triplicado sea necesario presentar antes una solicitud por triplicado de presentación de solicitud por triplicado?», se pregunta un personaje de Korolenko, escritor precomunista. La solución, lector, un día de estos.

B. WOLF



LLIVER abrió la puerta de golpe y me miró con dureza.

—¿Qué hacéis rodilla en tierra, milord?

No pude contestar. El ridículo paralizaba mis fauces y la lengua se acorchaba en el más humillante de los silencios. Un chiclet despiadado se había pegado a mi ojo derecho y me obligaba a mantener aquel guiño estúpido e indigno de un Suntory-Read. Oliver —mi mayordomo— permanecía ante mí, terrible y desnudo. Al fondo, sobre la cama revuelta, el cuerpo estremecido de mi sobrina Vanesa se recortaba en el contraluz de la tarde. Oliver sonrió con desprecio y dijo:

—Estabais junando por el ojo de la cerradura, milord... Ese chiclet os delata.

¡Había sido él...! ¡Maldito siervo! ¡Había puesto aquel chiclet repugnante en la cerradura para atrapar-me! ¡El viejo truco de los plebeyos



DE LA VIDA PRIVADA DE MI MAYORDOMO (III)

de cazar aves con liga...! ¡Oh...! Una furia incontenible dominó mis brazos y comencé a moverlos como aspas de molino. Oliver, impasible, me veía manotear desesperado tratando de liberarme de aquella goma mascada que se llenaba de pestañas en

el tira y afloja enloquecido de mis manos con la blandura gomil. «Os libraréis de él con paciencia, milord». Dijo. Y cerró la puerta de golpe dejándome genuflexo y envuelto en la telaraña elástica del chiclet.

Así me encontró mi esposa. «¿Oliver?» —preguntó—. Respondí con un exabrupto. «Peter, eres idiota. Oliver no es un mayordomo corriente. Con él no te valdrán de nada tus aficiones de voyeur. Y deja ya de tirar del chiclet, que te vas a sacar el ojo...». Se marchó. Fueron pasando todos los habitantes de palacio. Amigos, criados, turistas... Nadie quiso ayudarme. Cuando salieron Oliver y mi sobrina, rieron al verme engomado y sucio. Luego, el mayordomo se inclinó sólcito y, tomándose del brazo, dijo:

—Vamos, vamos, milord. Sólo lo conseguiremos con agua caliente.

PETER OTOLA

